

poamor á Alemania, donde le auguramos que ha de tener un éxito asombroso. Aquellos sábios, tan serios y tan de buena fe, tomarán por lo serio todas las sutilezas, discreteos y fantasías del Sr. de Campoamor, que es amigo de broma, y no faltarán entre ellos algunos que le sigan y que formen escuela ó secta de sus doctrinas ultra-espiritualistas.

Contestó al Sr. de Campoamor el Excmo. Sr. Marqués de Molins, y fué la contestacion digna de la persona que la daba. Dificil es imaginar nada más discreto ni más elegante. El merecido elogio que hizo el señor marqués de las poesías del Sr. de Campoamor está escrito con un talento y con un juicio que verdaderamente honran mucho, así á quien da el elogio, como á quien le recibe.

Todos cuantos asistieron á la Academia salieron desahaciéndose en alabanzas de los dos discursos, á cual más ingenioso, que acababan de oír.

Si no estuviésemos hoy muy de priesa y más premios y menos dispuestos á escribir que de costumbre, habiéramos puesto otro orden y otra claridad en lo que ya va escrito, y aún seguiríamos analizando algo del discurso del Sr. Marqués de Molins, aunque no mostraríamos opiniones tan opuestas á las suyas, como las que tenemos y hemos mostrado en oposicion al autor de las *Doloras* y de los *Ayes del alma*, en quien, por otra parte, reconocemos y estimamos un excelente poeta y un prosista desenfadado, ingeniosísimo, *humorístico* y fácil; de todo lo cual le debe más á la poesía y al arte que á esa metafísica que tanto pondera.

REPLICA AL ARTÍCULO COMUNICADO DE D. NICOMEDES MARTIN MATEOS, SOBRE EL DISCURSO LEIDO POR EL SR. DE CAMPOAMOR EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Con el mayor placer hemos insertado en nuestro periódico el bien escrito artículo en que impugna el señor Mateos lo que dijimos acerca del discurso del señor de Campoamor: pero no queremos disimular que hemos leído este artículo con sorpresa. De cualquiera persona más que del Sr. Mateos hubiéramos recelado una impugnacion de nuestras doctrinas filosóficas. Creíamos pensar como él, le habíamos leído, y aun habíamos escrito algo sobre el primer tomo ya publicado de su curso de filosofía, *El Espiritualismo*, y nos habíamos alucinado hasta el punto de imaginar que estábamos conformes; pero, con la lectura del artículo referido, hemos tenido un solemne desengaño. A pesar de todo, aún persistimos en esperar que esta diversidad de opiniones no será profunda entre nosotros, sino superficial y nacida de la mala inteligencia de lo que nosotros dijimos; y no ya porque el Sr. Mateos no acierte por su culpa á entendernos, que no queremos



hacerle este agravio, sino porque nosotros no logramos explicar nuestro pensamiento con la claridad y la precisión debidas. Vamos, pues, más bien que á replicar, á rectificar y á declarar nuestro pensamiento, apenas apuntado en el artículo de variedades de *El Contemporáneo* del 11 de Marzo, que es el que promueve esta disputa. Quizás así consigamos ponernos de acuerdo.

Antes de todo importa advertir que somos tan amigos y aficionados del Sr. de Campoamor como puede serlo el Sr. Mateos, y que al escribir sobre su discurso no tuvimos propósito de rebajarle en nada, sino que le ensalzamos, como era justo, calificándole de *agudo*, de *ingenioso*, de *ameno*, de *original*, de *discreto*, de *atrevido*, de *desenfadado*, de *humorístico*, de *fácil* y de otras mil cosas, que todas suenan ó deben sonar como alabanzas, y tanto, que si él público español no estuviese tan prevenido en favor del Sr. de Campoamor y no le colocase en muy alto predicamento, más nos censuraria de hiperbólicos en la lisonja, que de parcos ó avaros. Pero ni la amistad, ni la admiración que el señor de Campoamor nos inspira, bastarán nunca á hacernos mudar de parecer, aunque tenemos la desgracia de no convenir con el suyo en todo. Y decimos en todo, no para enmendar un yerro, volviéndonos atrás ó cantando la palinodia, sino para corroborar lo que ya dijimos, á saber: que el Sr. de Campoamor sostenía á *par de grandes verdades, notables errores*. Convenga, por consiguiente, el Sr. Mateos, en que no hemos escrito para negar todo lo que el Sr. de Campoamor afir-

ma, sino sólo una parte, y quizás, á veces, la manera que tiene de afirmar el Sr. de Campoamor.

La tesis del discurso de este ilustre poeta, es como sigue: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al idioma*. ¿Y qué hemos dicho nosotros sobre la tesis? No hemos dicho *niego*, sino *distingo*. La tesis, hemos dicho, nos parece verdadera, si se trata de la *metafísica divina*, pero no si se trata de la *metafísica humana*.

Aquí empiezan las admiraciones del Sr. Mateos, de las cuales nos hemos admirado nosotros á la vez. El señor Mateos no entiende ó no quiere entender qué cosa sea la *metafísica divina*. Veamos si podemos explicárselo.

Empecemos por prescindir de la division y distincion en divina y humana, y definamos en general la *metafísica*.

Para que el Sr. Mateos no recuse á nuestros autores, su propio libro va á servirnos de texto, de código y de juez, en este pleito que hemos entablado. Segun el señor Mateos «*metafísica es la ciencia que estudia las propiedades permanentes del espíritu, haciendo abstraccion de las condiciones actuales de su existencia*». El Sr. Mateos nos permitirá que enmendemos una falta que nos atrevemos á notar en su definicion. *Ciencia que estudia* no se dice, ni puede decirse. La ciencia no estudia; la ciencia sabe ó no es ciencia. El hombre es el que estudia para saber. Una ciencia que estudia implica contradiccion. Ciencia es un conocimiento razonado de la verdad; ciencia es, como decian los escolásticos, *disciplina quæ certis demonstrat argumentis*; cien-



cia es, como Bossuet decia, *el fruto de la demostracion*. Siguiendo, pues, la metáfora de Bossuet, el estudio será el cultivo que damos á nuestra alma para que en ella nazca este fruto: la ciencia será el resultado del estudio, mas no el estudio mismo. Enmendada la definicion, tendrémós que «la metafísica es la ciencia de las propiedades permanentes del espíritu, haciendo abstracción de las condiciones actuales de su existencia;» y definida así la metafísica, habrá de convenir el Sr. Mateos en que no existe sino en gérmen y como aspiracion en la mente humana. De conocer las propiedades permanentes del espíritu, esto es, de Dios y del hombre, y de todos los séres, puesto que son obra del espíritu, no nos podemos jaclar. Dios sólo conoce bien estas propiedades permanentes, y esta ciencia de Dios es lo que hemos llamado *metafísica divina*. La metafísica humana es ó puede ser ciencia, si bien incompletísima, en cuanto sabe algo de estas propiedades; pero en cuanto estudia ó mientras estudia, indaga y procura averiguar, no es ciencia: por donde Platon, á quien el señor Mateos considera como al más eminente de los filósofos, no llama ciencia, sino apetito de ciencia, á la filosofía: y la verdadera ciencia, y por lo tanto, la metafísica verdadera, la pone en Dios, haciendo de nuestra filosofía y de nuestra metafísica humanas *un asemejarse á Dios en cuanto al hombre le es posible*. Ciceron, Séneca, San Clemente de Alejandria y otros muchos sábios de la antigüedad, convinieron en esto, definiendo la filosofía en quien entra la metafísica como lo más principal, *el conocimiento de todas las cosas*

*por sus causas, en cuanto el hombre, por medio de la luz natural, puede elevarse hasta ellas.*

Confirmada y restablecida así nuestra distincion, volvemos á repetir que la metafísica humana, ó dígase los diversos sistemas de metafísica que los hombres han inventado y trazado, no limpian, ni fijan, ni dan por lo comun esplendor al lenguaje, antes suelen estropearle. Por huir de la prolijidad, queremos conceder al Sr. Mateos, aunque no lo creamos, que Descartes dió el primer impulso á aquel gran movimiento intelectual que hubo en Francia en el siglo de Luis XIV; que de su admirable metafísica procedió aquella admirable literatura: pero ¿qué nos probaria con esto el señor Mateos? Que una metafísica ó un sistema, y no la metafísica, habia fijado, limpiado y dado esplendor á la lengua francesa. En cambio, segun el propio señor Mateos, otra metafísica, que viene poco despues, y (¡cosa singular!) que procede de la anterior metafísica, la cual habia hecho tan buena obra, la deshace, desbarata y confunde. Descartes limpia, fija y da esplendor, y Condillac ensucia, descompone y oscurece. Ambos, sin embargo, eran metafísicos, cada uno á su manera.

Por otra parte, segun dijimos en nuestro primer artículo, y debemos repetir ahora, no nos es dable persuadirnos de que la metafísica de los hombres limpia, fija y da esplendor al lenguaje, porque vemos que en Grecia los mejores escritores, oradores y poetas líricos, épicos y dramáticos, vivieron antes de que hubiese metafísica, ó si no metafísica, metafísicos; porque notamos



que algunos metafísicos famosos como Vico, Kant, Balmes y otros de todas las escuelas, han escrito harto mal, con perdon sea dicho; y porque reconocemos que los escritores más limpios, fijos y esplendorosos, han sido, por lo general, los que menos metafísica sabían. Todo lo cual se advierte, así en España como en cualquiera otra nación; así diez, catorce ó veinte siglos há, como en el día de hoy. Nadie en España escribe ahora peor que cierto sujeto que pasa, quizás con fundamento, como el que más metafísica sabe entre los españoles. Citemos algunas frasecitas suyas, para ver cómo limpia, fija y da esplendor al lenguaje. «En-bajo-me-»  
«diante el sér ó en-bajo-mediante Dios es el mundo la»  
«reunion de todos los séres infinitos.»—«La relacion»  
«del sentir es relacion de union esencial del objeto como»  
«todo con el sujeto, como todo en forma de totali-»  
«dad, en toque y penetracion de uno por otro, entrando»  
«la cosa en parte del sujeto, y el sujeto en parte de»  
«la cosa.»—«La existencia como la esencia puesta, es»  
«en sí un contenido de existencialidades ó modalidades,»  
«pues la existencia se distingue en sí primero como»  
«originalidad ó primordialidad, y bajo originalidad se»  
«distingue como la eternidad (idealidad), por oposicion»  
«á la efectividad (temporalidad, existencia sensible), y»  
«otra vez bajo existencia se refiere como la eternidad»  
«en la efectividad, y la efectividad bajo la eternidad»  
«(la continuidad, la vida).»—«La union de la natura-»  
«leza y del espíritu tiene en el *schema* del sér la figura»  
«de una lenteja.»  
Nos parece que basta y sobra con los ejemplos citados.

Tememos, con todo, que el Sr. Mateos se nos vaya por la tangente, asegurando que la metafísica del metafísico que tan extrañamente escribe es mala y falsa, y que por eso el metafísico escribe mal; pero que si él tuviese una buena y verdadera metafísica, escribiría de modo que diera gusto leerle.

Si el Sr. Mateos dice ó piensa algo parecido, le rogamus que recapacite y reflexione, y luego vendrá á caer en la cuenta de que piensa y dice lo mismo exactamente que nosotros hemos dicho y pensado, á saber: que la tesis del Sr. de Campoamor es innegable, es casi una perogrullada si se refiere á la metafísica en absoluto; á la metafísica, blanco y término de las aspiraciones del filósofo; en una palabra, á la metafísica divina. Pero el Sr. de Campoamor es más amigo de paradojas que de perogrulladas, y no ha podido decir sino lo que nosotros entendemos que ha dicho; que los metafísicos limpian, fijan y hermostean el lenguaje, á cuya perfeccion es muy conducente el estudio de la metafísica.

La primera parte de esta afirmacion hemos visto ya que carece de fundamento. Examinemos la segunda con el debido reposo.

Nadie negó jamás desde Platon y Aristóteles, ya que no afirmemos que desde Pitágoras, hasta D'Alembert, Ampere, Comte y cuantos han tratado de lo que se llama *mateseología* ó clasificacion de las ciencias, que las ciencias se cifran en una ó que no hay más que una ciencia, de la que todas dimanen, como del tronco los ramos, las hojas, las flores y los frutos. Ni nadie negará



tampoco que el tronco de este árbol, el origen y principio de la ciencia están en lo absoluto, en los primeros principios, de los cuales se deducen ó se deben deducir una vez bien conocidos, todas las verdades. La deducción es un método más seguro de conocer que la inducción, y la inducción debiera desecharse, si de tal suerte conociésemos los primeros principios ó la idea primera y comprensiva, que viésemos en ella todo cuanto hay que ver, y pudiésemos desplegarla y desenvolverla en una serie infinita de afirmaciones, que serian toda la ciencia y todas las ciencias. Estas pudieran representarse entonces por una sencilla ecuación, uno de cuyos términos iríamos trasformando en otro de valor idéntico, cada vez más complicado en la expresión, hasta que viniere á expresar toda la diversidad de las cosas que hay ó puede haber en el mundo de las ideas y en el universo visible. Por desgracia, el hombre no ha llegado, ni tal vez llegue nunca á ese extremo de perfección, y mientras á él no llegue, siempre será una arrogancia burlarse de la experiencia, como el Sr. de Campoamor se burla. Schelling, con todo su idealismo, jamás fué tan léjos. Lo relativo y lo absoluto, el espíritu y la naturaleza eran idénticos para él, y filosofar sobre la naturaleza era crearla, porque todas sus leyes están en el espíritu, y el espíritu se las impone; pero todavía Schelling no se desdeñaba de preguntar á la naturaleza, como para cerciorarse, como para quedar satisfecho de que la ley que habia impuesto habia sido aceptada, y en este sentido, Schelling admitia la experiencia. En cuanto al señor de Campoamor, es fuerza convenir en que va

más allá. *La experiencia*, dice, *sirve para poco menos que nada*. Todo lo que sabemos, lo sabemos porque cierta *iluminación interior* nos lo enseña.

Este ultra-espiritualismo, que con facilidad pudiera trocarse en idealismo trascendental ó en panteísmo místico, es lo que principalmente hemos censurado en nuestro artículo sobre el discurso del Sr. de Campoamor, y volvemos á asegurar al Sr. Mateos, que nos maravilla con salir á su defensa.

Nos acusa el Sr. Mateos de que desdeñamos la metafísica; pero no funda esta acusación. Nosotros no hemos dicho, como el Sr. de Campoamor, *que no saber metafísica, es no saber nada*; pero tampoco hemos dado á entender, con el mismo sujeto, que la metafísica alcanza muy poco. Nosotros no somos tan ultra-espiritualistas como el Sr. de Campoamor, pero tampoco somos tan escépticos.

Nosotros no confundimos, como pretende el Sr. Mateos, las leyes del alma humana, las leyes del espíritu en general, con el conocimiento de estas leyes. Quien parece que las confunde adrede para impugnarnos, es el Sr. Mateos. Las leyes del espíritu y el conocimiento de esas leyes, son en Dios una misma cosa: pero en el hombre son dos cosas muy diferentes. Y aquí volvemos á la distinción que hemos tenido que hacer entre la metafísica divina y la humana.

Sin duda que hay una metafísica de la naturaleza, una metafísica que tiene á la naturaleza por objeto, pero en el hombre no crea, sólo conoce, mientras que en Dios, conoce y crea. Con el arte sucede lo propio.



La estética explica el arte, pero no le crea. Desde Platon, en su *Fedro* y en su *Banquete*, hasta Hegel, en nuestros días, todos los estéticos han explicado y no creado la hermosura. ¿Qué poetas ha producido ningún tratado de filosofía de lo bello? Las leyes del arte, como las leyes de la naturaleza, estaban en Dios antes de ser conocidas del hombre; y no sólo estaban en Dios, sino que asimismo estaban en la naturaleza y en el arte, y las cosas inanimadas y las inconscientes las cumplían, y los seres dotados de entendimiento las cumplían también, como por instinto, aunque apenas entendiéndolas aún á no ser de un modo confuso. ¿Quién ha de creer que el portentoso artificio de los poemas de Homero, y todas las bellezas y perfecciones que los críticos descubren hoy en ellos, fueron distinta y claramente percibidos y analizados por quien los ideó y compuso? Pues lo mismo sucede con el lenguaje, ó por mejor decir, no lo mismo, sino más aún, puesto que el lenguaje fué obra más primordial, instintiva y originaria del espíritu humano.

Extraña el Sr. Mateos que afirmemos que el espíritu humano está sujeto á ciertas leyes, y cree que esta sujecion le quita la libertad. Por amor de Dios, señor Mateos; ¿qué tiene que hacer la libertad con las leyes de nuestro entendimiento, con sus maneras de ser, con su forma, con aquello por lo que es lo que es, y no lo que no quiso Dios que fuera? La metafísica podrá llegar á conocer estas leyes; pero no á derogarlas, ni á modificarlas, así como la astronomía podrá conocer el curso de los astros y las leyes de sus movimientos; pe-

ro no introducir en todo ello la menor alteracion. Claro es que el espíritu humano es libre, pero su libertad no puede sustraerle de la necesidad de ciertas leyes á que está sujeto, que es de lo que aquí hablamos. Es evidente, valiéndonos de un ejemplo vulgar, que un muchacho podrá hacer uso de su libre albedrío, y mostrar muy bien que le tiene, negándose á estudiar la geometría; pero si estudia la geometría, y si la geometría entra en su entendimiento, su entendimiento tendrá por fuerza que aceptarla, sin que se descubra ni quepa en esta aceptacion un átomo de libertad; porque el entendimiento no la tiene para ser otra cosa que no sea el entendimiento mismo.

En la formacion del lenguaje, en su origen, hubo aún menos libertad, menos reflexion. Sus cambios ó modificaciones no dependen tampoco, en lo esencial, ni de la reflexion, ni del libre albedrío del hombre. Así es que los filósofos gramáticos podrán redactar la gramática ó coleccionar las reglas de la gramática; pero no darlas ó crearlas ó modificarlas; poner en orden los vocablos y definirlos, pero no inventarlos, á no ser alguno que otro de *capricho*, ó á no tener la manía de la lengua universal, que nadie habla, y llamar *nalgá* al sacerdote, *rabo* á la realidad, y otras diabluras por el estilo.

Para contestar al Sr. Mateos sobre lo que dice de que es absurdo que llamemos al lenguaje *obra maravillosa del instinto*, no le citaremos sino las palabras propias de Huet, que el Sr. Mateos da como autoridad en su tratado de *El Espiritualismo*. «El lenguaje, dice,



no es una invencion artificial; es una facultad natural que funciona desde que son dadas las condiciones de su desarrollo. » ¿Qué quiere decir esto sino lo mismo, en sustancia, que hemos asegurado nosotros, y de que nos hemos valido para censurar algunas tendencias del discurso del Sr. de Campoamor? Si el lenguaje es una facultad natural que funciona, dadas ciertas condiciones, lo cual vale tanto como afirmar que funciona con arreglo y sujecion á ciertas leyes impuestas por Dios ó por la naturaleza, ¿á qué propósito y con qué pretexto tacharnos de enemigos de la metafísica, porque no creemos que la metafísica, que podrá llegar á conocer esas leyes ó condiciones, tenga la facultad de alterarlas? Si la metafísica las altera, el lenguaje deja de ser lo que Huet nos dice, y se convierte en un modo arbitrario de expresar los pensamientos. Cualquiera metafísico podrá ponerse á inventar nuevos lenguajes, que nadie hablará, por fortuna; porque estos lenguajes serán inferiores en todo á los que irreflexivamente, y sin más metafísica que la divina, crearon en un principio los hombres.

El mismo Huet, citado por el Sr. Mateos, viene en nuestro apoyo, al añadir que en el dia sólo podriamos inventar una lengua grosera, porque *nuestras lenguas tan sábias se remontan á una época en que no estaban pervertidas las facultades naturales del hombre.*

Esto es decir, ni más ni menos, lo que nosotros hemos dicho: que el lenguaje no proviene de la reflexion; que no es creado ni cambiado sino para mal por la metafísica humana; y que sólo le crea y le cambia la

metafísica divina, siendo el lenguaje, como obra del hombre, *obra maravillosa del instinto.*

Desengáñese el Sr. Mateos, la impugnation que ha hecho de nuestro artículo no nace de que siga otras doctrinas, sino de una obcecacion amorosa, hija del mucho cariño que profesa á la metafísica y al señor de Campoamor, á quienes ha creído, sin razon para ello, poco bien tratados en nuestro referido artículo, y por cuya gloria ha querido volver.

Pero nosotros no negamos esta gloria: sólo hemos procurado poner las cosas en su punto y reducir á la conveniente proporcion algunas hipérboles, que más bien se han presentado para hacer gala de ingenio, que no para infundirlas en el ánimo de los hombres, como utilísimas y certísimas verdades.

La metafísica es la ciencia del pensamiento, y por lo tanto es base de todas las demás. La metafísica, aplicada al estudio del lenguaje, puede producir una buena gramática general, y aplicada singularmente á nuestro idioma castellano, hacer que se escriba de este idioma una excelente gramática, donde aprenderemos el por qué y el cómo hablamos de esta suerte y no de aquella; pero siempre seguiremos hablando de la misma suerte, y si por acaso hablásemos de otra, esto dependeria del uso, del sentimiento instintivo é irreflexivo, que cambia las lenguas, ora mejorándolas, ora viciándolas. No impide cuanto queda apuntado, que, si los metafísicos son buenos escritores, contribuyan, como tales, á la perfeccion ó conservacion del idioma; así como pueden y suelen contribuir á postrarle ó á convertirle en una



jerigonza ridícula, cuando escriben mal, segun acon-  
tece harto á menudo, de lo cual estamos dando qui-  
zás una prueba lastimosa, escribiendo hoy peor que  
de costumbre, por lo mismo que escribimos de me-  
tafísica.

doctrinas, sino de una oposición amorosa, como  
mucho cariño que profesas á la metafísica y al señor de  
Campomar, á quienes la creída sin razón para ello,  
poco bien tratados en nuestro querido artículo, y por  
cuya gloria la querida volverá á ser el objeto de  
Pero nosotros no negamos esta gloria, solo hemos  
precautado poner las cosas en su punto y redactar á la  
convencional proporción algunas hipótesis, que mas  
bien se han presentada para hacer gala de ingenio,  
que no para introducir en el ánimo de los hombres,  
como utilidades y certezas verdaderas, como  
La metafísica es la ciencia del pensamiento, y por lo  
tanto es base de todas las ciencias aplicadas.  
de al estudio del lenguaje, que debe producir una lengua  
gramatical general, y aplicada singularmente á nuestro  
idioma castellano, hacer que se escriba de este idioma  
una excelente gramática, donde aprendiéramos el por-  
que y el cómo de cada una de estas partes y modo de escri-  
birlo, para que se aprendiera el idioma de la misma suerte,  
y así por serlo hablásemos de otra, esto dependiera del  
uso del pensamiento intuitivo é intuitivo, que cam-  
bia las lenguas, con modificaciones, con variaciones,  
independe cuanto pueda apuntado, que si las metafísicas  
son buenas, esencias, contribuyan, como tales, á la  
perfección ó conservación del idioma; tal como pueden  
y suelta contribuir á portarlo á convertirlo en una

mayor de pasado, tan árduas y elevadas asuntos. Por  
otra parte, un artículo sobre Dios, el origen de las

**SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFIA**  
otras cosas por el estilo, se despegaría y hasta irma-  
ría de coraje de verse junto á otro artículo sobre poli-  
tica, ó sobre lo que se llama política en

**EN LAS UNIVERSIDADES.**  
España, ó en otros países, como en el artículo de  
Por desgracia, los artículos de El Pensamiento Es-  
pañol tienen no poca transcendencia política, y por ello  
nos creemos en la obligación de contestarles. Hasta sa-  
bernos que el principal ataque de El Pensamiento va  
contra el ministerio, porque consiente, aplaude y pre-

Con el título de *textos vivos*, está publicando *El*  
*Pensamiento Español* una serie de artículos en contra  
de los más afamados catedráticos de la Universidad  
central. Dicho periódico trata de persuadir al pio y  
cándido lector de que los tales catedráticos son unos  
impíos, ateístas, panteístas ó egoteístas, y de que el  
Gobierno hace muy mal en no quitarles las cátedras,  
aunque las hayan ganado por oposicion y sean propie-  
dad de ellos. Si á esto sólo se redujese el intento del  
periódico neo-católico, no saldriamos nosotros á la pa-  
lestra, tomando parte en la discusión. Los señores ca-  
tedráticos ofendidos contestarian, si juzgaban á *El*  
*Pensamiento Español* verdaderamente digno de entrar  
en una polémica filosófica, que lo dudamos, sin que  
por ello pensemos en ofender al mencionado periódico.  
Su índole y su condicion de *diario*, escrito de prisa  
como todos, no son lo más á propósito para tocar, sino